

La última gnoseología de Platón

Ana Bertha Nova

La preocupación fundamental de este trabajo es evidenciar cuál fue la gnoseología que concibió Platón al final de su vida, esto es, sus últimas reflexiones sobre el problema del conocimiento.

En la *Carta Séptima* * está el material que nos permite reconocer la concepción final de Platón sobre el conocimiento. En ella se exponen los medios por los que se obtiene el conocimiento, el método que emplea el entendimiento para alcanzarlo, el ámbito donde se puede llevar a cabo dicha actividad, el lenguaje como medio de comunicación frágil para exponerlo, y las características del hombre que se dedique a su investigación.

Por la fecha en la que aproximadamente se escribió, 354-352 a. C., y por su contenido se le reconoce como una de las últimas obras de Platón.

El excursus filosófico contenido en la *Carta Séptima* comienza con la exposición de una prueba a que deben ser sometidos aquellos que se sienten inclinados a realizar la investigación filosófica (340b4). Esta prueba responde a la necesidad de mostrar que la tarea filosófica requiere de un gran esfuerzo, y que el individuo que la realice se verá recompensado sólo después de una larga rutina y un gran ejercicio que lo perfeccionarán. También muestra que quienes se dicen poseídos por el amor a la sabiduría y realmente no lo están, al darse cuenta de lo fatigoso del camino, se hacen a un lado, y sólo les queda la petulancia de creerse conocedores de ense-

* La *Carta Séptima* contiene un discurso gnoseológico en 342a-344c. Véase Burner, *I. Platonis Opera*, tomos V. La traducción es mía.

ñanzas divinas (341e3). Después de esto viene la digresión propiamente epistemológica donde están los varios aspectos que resaltan en el examen del conocimiento, como el objeto mismo y el medio por el cual se aprehende; además se explica cómo la filosofía de Platón puede ser transmitida a otros, pues sus características no permiten que se enseñe como otras ciencias, mediante discursos hablados o escritos comunicados de maestro a alumno.

1. *Aspectos generales*

Para Platón la filosofía no era la enseñanza de un sistema de proposiciones o afirmaciones irrefutables que siempre tuvieran validez, ni tampoco una serie de reglas preestablecidas, que tomándose en cuenta llevaran a un resultado final inequívoco que fuese verdadero. Por el contrario, para Platón la filosofía era enseñar a filosofar; era la labor que debían realizar conjuntamente el maestro y el discípulo para alcanzar la verdad mediante la total unión de las capacidades de sus almas. La filosofía implicaba una constante dedicación y familiaridad con el tema, ya que sólo después de tal convivencia podía nacer, en el alma de quien investigaba, el conocimiento verdadero de aquello que indagaba.

La filosofía, es decir, el filosofar, no podía formularse como un sistema, pues era tan rica que no se tenían explícitos los elementos ordenadores necesarios para ello; sólo había ciertas indicaciones que ayudarían a alcanzar lo que se buscaba, donde el punto crucial que debía tenerse en mente era la constante dedicación, familiaridad y convivencia con la materia de investigación. Por esta razón, la filosofía no podía transmitirse en simples palabras y todavía menos en obras escritas, que estaban muy alejadas de la realidad a la que pretendían remitir.

La digresión contiene los elementos que ayudarán a entender los rasgos principales de la gnoseología de Platón; lo que enuncia y la manera como lo hace muestran la profunda preocupación por explicar la seriedad de la reflexión filo-

sófica, es decir, la manera como se alcanza la comprensión inequívoca de algo, totalmente alejada de cualquier doctrina que se quedara en la mera apariencia externa de la realidad. Creemos que aquí no existe ningún tipo de teoría secreta, sino sólo la exposición de los pasos necesarios que se siguen para la captación real de un objeto. Si acaso tuviese algún sentido secreto, sería el de manifestar que la dedicación a la investigación filosófica no la puede llevar a cabo todo individuo sino algunos pocos, quienes además de poseer ciertas cualidades (340d4-6), dedicarán la mayor parte de su vida a una investigación ininterrumpida que les llevará a descubrir la verdad de las cosas mediante un pequeño indicio (341e8), que les dé quien les lleva en su búsqueda.

2. *Exposición del excursus*

Nuestro conocimiento de la realidad tiene un cierto orden; por ello, “hay tres momentos mediante los cuales es necesario que el conocimiento se constituya, el cuarto es el conocimiento mismo . . . El primero es el nombre (ὄνομα), el segundo, la definición (λόγος), el tercero, la imagen (εἶδωλον) y el cuarto, el conocimiento (ἐπιστήμη)” (342a7). Aquí está la enumeración de los pasos con los cuales el individuo se aproxima a la captación del objeto conocible. Estos cuatro aspectos son los instrumentos que nos permiten alcanzar el quinto momento, es decir, aquello que se pretende conocer, que es el ser real, al que difícilmente se accede por su alejamiento del mundo sensible.

Ahora se verá qué papel juegan los primeros tres momentos, mediante un ejemplo que los clarifica, así: “Existe algo llamado círculo, al cual pertenece ese mismo nombre que ahora hemos mencionado. La definición del mismo es el segundo constituida de sustantivos y verbos . . . El tercero es lo que se pinta y se borra, lo que se moldea y se destruye” (342b5c1). Primero se enuncian estos tres pasos, que no nos dicen lo que es el círculo en sí, sino que sólo remiten de alguna manera a él. El nombre de algo puede cambiarse com-

pletamente, y la definición, como está constituida de sustantivos y verbos, sufre la misma inconsistencia; éstos dependen de los sonidos articulados (343c6), que no garantizan la transmisión de la verdadera naturaleza del objeto. La definición nunca es final, siempre se contraponen a otras que se expresaron antes y que no caracterizan o cualifican en forma total algo.

Por su parte, la imagen nunca corresponde a los objetos matemáticos o geométricos; se queda en la simple expresión sensible de un objeto, al ejemplificarlo inmediatamente sin mostrarlo como es en sí, sino representándolo sólo gráficamente. Estos tres momentos tienen una mayor inmediatez con el mundo sensible, representan el primer peldaño en la constitución del conocimiento.

El cuarto momento es el conocimiento (ἐπιστήμη), bajo el cual quedan subsumidas la inteligencia (νοῦς) y la opinión verdadera (ἀληθῆς δόξα) que debe ponerse nuevamente como uno sólo; pero este momento, a diferencia de los otros tres, tiene su ámbito de operación no en las palabras o en la apariencia de los cuerpos, sino en el alma solamente; por esta razón, es claro que se aproxima a la naturaleza del círculo en sí más que los tres elementos anteriormente mencionados (342c-5d1). Este momento se abre en tres vertientes, cada una con un bien determinado ámbito de acción, que aquí no se contraponen y sí se complementan para dar una idea más acabada de cómo está constituida esta unidad, y cómo nos permite acercarnos al objeto en sí. Asimismo, este cuarto se contraponen totalmente a los otros tres, pues mientras aquéllos tienen su referencia en el mundo sensible y en un nivel más cercano a los objetos, tanto en las palabras que constituyen un discurso como en los diagramas y modelos gráficos, éste se encuentra en el alma como medio cognoscitivo más cercano al objeto. Por otra parte, de los tres componentes del cuarto momento, “la inteligencia en naturaleza y semejanza es la más cercana al quinto momento” (342d1). Aquí está la gradación de estos tres elementos, a saber, νοῦς, ἐπιστήμη καὶ ἀληθῆς δόξα, que aun cuando están en el alma, no dejan de mostrar mayor cercanía o lejanía del objeto que

se investiga. Parece claro que la especulación filosófica pasa por una serie de momentos que obligan al individuo a familiarizarse con los elementos necesarios que le aproximen a su meta, a saber, el conocimiento real de un objeto.

Esta exposición de los momentos se debe tomar en cuenta cuando se hable “tanto de la forma recta como de la circular, de los colores, de lo bueno, lo bello y lo justo, de los cuerpos fabricados y naturales, del fuego, agua y todas las otras cosas semejantes, de todo ser vivo, también con relación al carácter del alma y a todas las acciones y pasiones” (342d4). Según Platón, la investigación de la naturaleza más íntima de todo lo que existe debe realizarse a través de estos cuatro momentos; así cuando se habla de la forma recta y circular se refiere al conocimiento matemático, específicamente al geométrico. El color, por su parte, también nos remite a ciertos objetos geométricos si lo entendemos como sinónimo de la superficie y/o contorno de una figura. Ahora bien, el hablar de lo justo, lo bueno y lo bello, parece remitirnos a las cualidades morales y estéticas las cuales, para ser realmente comprendidas, también deben pasar por estos cuatro momentos.

Al introducir los cuerpos naturales y fabricados, que sólo percibimos sensiblemente, para comprenderlos en realidad, debemos sacarlos de su ámbito, es decir, intentar captarlos aun con sus limitantes sensibles e intentar buscar lo que no cambia en ellos. Cuando uno se refiere a las cualidades morales, para llegar a su comprensión total, necesariamente se debe marchar desde sus aspectos externos más inmediatos hasta la captación y elaboración mental de aquello que es el sustrato más íntimo que lo constituye. Parece que Platón agota, en esta enumeración, al campo donde se aplica el conocimiento, pues toma en cuenta todos los aspectos de la realidad para explicarlos.

Como condición necesaria para nuestra comprensión del mundo, los cuatro momentos “intentan hacer visible de qué clase es cada objeto (τὸ πῶν τι), no menos de lo que es cada uno de ellos (τὸ ὄν)” (342e-343). Mediante su función se mostrará, por una parte, cómo es algo, lo que tiene en común

con otras cosas a través de sus cualidades, y, por otra parte, su esencia, su característica inherente, lo que es la meta de la investigación del conocimiento objetivo verdadero. Esta búsqueda se realiza mediante la fragilidad de las palabras (343a), poniéndose en evidencia lo obvio que resulta el problema de la comunicación del conocimiento, pues para transmitir el conocimiento de un objeto es necesario nombrarlo, después explicar qué significa, lo que es equivalente a un discurso o definición, posteriormente ilustrar el discurso por medio de un diagrama o modelo, o bien con la ayuda de las imágenes que se tengan en la memoria, las cuales también serían representaciones.

La fragilidad del lenguaje no permite que se pueda nombrar, definir, imaginar o aun concebir algo sin compararlo con otras cosas. En otras palabras, la insuficiencia del lenguaje es evidente al tratar de expresar o formular el resultado u objeto obtenido a través de los cuatro instrumentos de conocimiento. Aquí existe un elemento de intuición que no se explica verbalmente a sí mismo, el lenguaje es el único medio que permite enunciar un genuino conocimiento de los objetos más alejados del mundo sensible, sin olvidar que en cada etapa del proceso se puede caer en los errores más graves que impedirían o detendrían, al menos momentáneamente, el desarrollo de la investigación.

Si el lenguaje oral es insuficiente para la transmisión del conocimiento, en mayor medida lo será el escrito, por ello “ningún hombre inteligente osará alguna vez poner en ellas (signos) sus pensamientos, y esto ciertamente en forma inmodificable, lo cual en verdad le ocurre a lo consignado por escrito” (343a). El hecho de que se consigne algo en forma inmutable le impide la constante actualización de su contenido. Un discurso escrito sobre las cuestiones más importantes siempre será fuente del error, pues las ideas que contenga comúnmente serán mal interpretadas por los lectores, al no estar versados sobre el tema y comprenderlas de acuerdo a sus pretensiones y no de acuerdo a las de quien las escribió.

Para comprender esta tesis se debe reafirmar lo ya dicho, pero ahora es diferente orden para mostrar la falta de certeza

en estos instrumentos así como medio por el que se transmiten, pues el círculo que se pinta para efectos prácticos está, en relación al círculo en sí, al que pretende remitirse el filósofo, lleno de cualidades contradictorias a su naturaleza; no representa la circularidad en sí por tocar la recta por todas partes, siendo por ello su imagen defectuosa (343a7). Cuando se desea hablar de una figura geométrica y se la representa para una mayor comprensión, quien lo hace debe estar consciente que sólo ha ejemplificado en forma defectuosa aquello a lo que hace referencia, pues la representación gráfica está llena de errores y, por esa razón, no supera el nivel de la vaguedad.

El nombre, por su parte, “no está de ninguna manera fijo” (343a9), no revela la naturaleza del objeto al que se refiere, así, bien se puede llamar recto a lo que ahora es “circular”. Se muestra que los nombres de cualquier objeto pueden variar totalmente, por no contener en sí la esencia del objeto al que remiten. La definición tiene el mismo problema que el nombre, al estar compuesta de sustantivos y verbos, no puede ser conclusiva, pues a cada momento varía según las características que se deseen realzar del objeto.

La fragilidad del lenguaje llevaría a decir miles de palabras para esclarecer el objeto del conocimiento sin poder lograrlo por su ámbito restringido, incapaz de ser el medio por el cual un hombre expresare la esencia de un objeto. Al enunciar cualquier cosa a través de las palabras sólo quedamos en aproximaciones generales, que remiten a la comprensión de sus diferentes cualidades, sin explicar la naturaleza más íntima del objeto, la causa por lo que realmente es.

Este excursus también desea enfatizar el hecho de que al investigar la realidad de un objeto, siempre se debe tener en mente que: “tienen dos aspectos tanto su esencia (τὸ ὄν) como su cualidad (τὸ ποῖον)” (343b7). El conocimiento de la esencia es la meta que desea alcanzar el filósofo, pero en su búsqueda encuentra muchos obstáculos, pues los cuatro momentos que emplea para ello generalmente le muestran lo que no investiga, a través de discursos y ejemplos que la mayoría de las veces le llenan de confusión.

Quizás, aquí están las palabras más difíciles en todo el pa-

saje, pues parece una substitución de una pregunta sin importancia ($\tau\acute{o}$ $\pi\omicron\iota\acute{o}\nu$ $\tau\iota$), por una de gran importancia ($\tau\acute{o}$ $\delta\bar{\nu}$) que evite cualquier equívoco. El alma investiga el ser ($\tau\acute{o}$ $\delta\bar{\nu}$) de algo y la referencia a un modelo o diagrama es un medio de confusión, que muestra ese algo como una línea matemática o una figura de algún tipo, pero sin precisar el sustrato más íntimo que lo constituye. Al preguntar por un objeto, comúnmente se le define al enunciar sus características, pero al investigar acerca de su esencia esta caracterización es deficiente, pues de ninguna manera explica su existencia real.

Este tipo de investigación no es frecuente, no estamos acostumbrados a investigar la esencia de algo, es suficiente entendernos mediante aproximaciones de imágenes o ejemplos que muestran los cuatro momentos y, de esta manera, permanecemos muy alejados de dar una explicación del objeto real y verdadero. Pero cuando alguien, que tiene gran afinidad con el tema, desea explicar el quinto momento, muchos intentan confundirlo y hacer que parezca que nada sabe de aquello que intenta expresar, sin darse cuenta de que “el alma del escritor u orador no es refutada, sino que la naturaleza de cada uno de los cuatro momentos es de origen defectuoso” (343e).

El hombre que intenta expresar una proposición verdadera, puede emplear términos mal seleccionados, una expresión aproximada o algún tipo de definición imperfecta, o podría intentar ilustrar su significado con un diagrama que no representara las relaciones deseadas para explicar el objeto, sin implicar con ello el desconocimiento sobre el tema, sino sólo la insuficiencia de sus elementos de investigación. En tal caso es evidente lo inadecuado de sus instrumentos, pues su explicación sería una variante de lo que viera en su diagrama, sin que por ello sea falsa.

Para alcanzar su meta, el alma recorre cada uno de los cuatro momentos en toda su extensión (343e1), esto es, examina constantemente si el nombre que se da a algo es correcto dentro de la fragilidad del lenguaje, y expresa en realidad aquello que el alma desea; si la definición corresponde al nom-

bre, si esta o aquella imagen o ejemplo corresponde a la definición, si la opinión basada en esos tres momentos es verdadera. Este proceso de recorrer cada uno hacia arriba y hacia abajo clarifica los cuatro pasos del conocimiento, por ello genera con dificultad un conocimiento de un objeto bien constituido en un alma bien constituida (343e3), pues de otra manera sería imposible obtener el conocimiento.

Al hablar de la investigación que realiza el alma de cada uno de los cuatro momentos, se debe tomar en cuenta que aun cuando el cuarto es el conocimiento, la inteligencia y la opinión verdadera, también puede ser la fuente del error para la captación de la esencia del objeto; por ello debe ser investigado al igual que los tres primeros. La existencia del *nous* y la *episteme* en el alma no implica que ellas sean el alma, que sean idénticas a ella, porque éstas pueden ser de naturaleza defectiva y producir un conocimiento equivocado sobre algo. El alma se vale de estos momentos para alcanzar el conocimiento de un objeto, pero cada individuo, según su naturaleza, podría o no alcanzar la comprensión de lo que investiga, de acuerdo con la seriedad y profundidad de su indagación.

Existen dos condiciones para realizar dicha investigación, pues quien desea filosofar debe poseer, por una parte, una gran familiaridad con el tema y, por otra, una disposición natural que no sólo implique la facilidad para el aprendizaje o la aptitud para recordar, sino la capacidad necesaria para alcanzar el conocimiento verdadero. La familiaridad implica una relación entre la realidad conocida y el alma que la conoce, pues sólo mediante esa convivencia se logra superar la mutabilidad de las percepciones sensibles. Por otra parte, la capacidad natural del alma es la condición de posibilidad para alcanzar finalmente el conocimiento esencial más íntimo del objeto.

Estos requisitos están estrechamente unidos, pues al faltar uno de ellos jamás se lograría finalizar la investigación con los resultados adecuados. Si sólo se tomasen en cuenta la predisposición para aprender y la buena memoria, sería incompleto el desarrollo del alma. Se necesita una pasión para alcanzar

la verdad y la realidad, una pasión diametralmente opuesta a la satisfacción de los apetitos, que tuviese la finalidad de alcanzar la mayor elevación del alma, la liberación de sus apetencias y de todos sus temores que son las ataduras que la mantienen es este mundo de apariencias.

Asimismo, tener la familiaridad con el tema, pero carecer de la predisposición para aprender y recordar es una limitante para quien desee dedicarse a ello, pues sólo mediante la conjunción de estas cualidades se podrá alcanzar el conocimiento, tanto sobre la virtud como sobre la maldad, que en la *Carta* implica lo verdadero y lo falso de todo lo que existe realmente. Así, cuando alguien se considere conocedor de algo, sabrá y reconocerá aquello que investiga, es decir, tanto su verdad, lo que es, como también la falsedad, lo que no es; para ello, es necesaria una ardua rutina que posibilite poco a poco el alma de quien indaga. El verdadero conocimiento debe ser completo, no debe quedarse en la visión de un solo aspecto sino completar lo que conoce a través de la captación total del objeto.

La práctica, en estas cuestiones, es la única que posibilita este conocimiento, por ello: “Al trillarse mutuamente nombres y definiciones, visiones, y percepciones . . . cuando la capacidad humana se esfuerza a su máximo límite (entonces) la reflexión e inteligencia alumbrará a cada uno” (344c). Aquí está la meta en la investigación filosófica, la cual no es accesible a la mayoría, sólo a unos cuantos con predisposición y capacidad.

En el alma es donde se efectúa este proceso, sólo en ella puede culminar la investigación, ya que la consecución filosófica es el resultado de una constante práctica, la cual, en este pasaje, tiene el sentido de fricción, que producirá la luz que dejará a un lado el mundo de sombras que impide la comprensión real de algo. Esta luz representa la captación del quinto momento en toda su extensión, pues los pasos anteriores sólo son, por decirlo de alguna manera, peldaños que posibilitan la captación real y verdadera de lo que se investiga. Este método de investigación permite que el confrontamiento de nombres y definiciones en relación con lo que

se ve y se percibe sea el medio para captar la esencia del objeto, y esa captación es la chispa que le transmite el maestro al discípulo, cuando le explica de diversas maneras lo que él considera el sustrato más importante de la realidad.

Aquí aparece un singular paralelo con el pasaje ya visto en 341e1, donde el alma recorre cada uno de los cuatro momentos para alcanzar el buen conocimiento de un objeto. Podríamos decir que Platón enuncia una misma idea en los dos pasajes, con la intención de explicar con mayor claridad la manera como se alcanza la verdad filosófica. Por ello, la convivencia del individuo con su materia de estudio y la del discípulo con el maestro tiene la finalidad de ocuparse estrictamente de la investigación del objeto en sí, del ser real de cada cosa. Parece una preparación gradual que poco a poco acercará al individuo a su meta. La comprensión de lo que se desea no es casual, responde a una larga convivencia con el tema, que posibilita al individuo para que finalmente capte en forma inmediata el objeto en sí. El quinto momento es cuando ya se dejaron de lado todas las indirectas o inacabadas expresiones de lo que realmente es algo. Aquí culmina el proceso de investigación, el individuo que seriamente analizó todos y cada uno de los pasos anteriores, que en forma personal confrontó nombres, definiciones e imágenes, que trascendió el nivel de lo que llamamos conocimiento y enfrentó su inteligencia a lo que tales momentos implicaban, finalmente encontró en forma directa el objeto real que enuncian los pasos.

Sin embargo, lo que Platón expone en esta digresión no son las cosas más serias, pues ellas residen en la parte más hermosa de sí mismo, es decir, en su alma y no sería capaz de exponerlo a la envidia y confusión de la mayoría, sino que sólo da una cierta idea de la manera como cualquier hombre serio podría dedicarse a investigarlas, guardándolas posteriormente como un tesoro invaluable que jamás olvidaría. Queda claro que la investigación filosófica y su culminación no puede transmitirse a todo hombre sino a unos pocos, que estén familiarizados y convivan constantemente con un tema común.

3. *Recapitulación*

La digresión expone el problema a que se enfrenta todo aquel que desea investigar realmente un objeto, los pasos que se deben seguir, la predisposición necesaria del investigador, la carencia de medios seguros para llevar a cabo la investigación, etc., que nos acercan a la problemática inherente de la comprensión que implica el conocimiento. Al hablar del conocimiento verdadero de un objeto, se deben dejar de lado los aspectos mudables y sensibles que lo distorsionen o dificulten la captación de su naturaleza esencial, y esforzarse por aprehender su constitución más íntima, que será la única confiable en la investigación, por ser el fundamento en el que se sustenta el conocimiento real del mundo, ya que el filósofo no se detiene en su mera percepción, sino que al captarlo lo explica y ordena de acuerdo con la naturaleza más íntima que lo constituye.

Quizás un punto importante en el discurso es la afirmación de la fragilidad del lenguaje tanto oral como escrito; ello explica por qué Platón, por una parte, no aceptaba que el lenguaje fuera el medio confiable para la transmisión de las ideas más importantes que explicaran la realidad. Acaso el único uso que se puede hacer de éste en la investigación sería mediante la dialéctica, pues las palabras deben ir y venir entre los interlocutores que están familiarizados con un tema, modificándose al introducir nuevos sinónimos de lo ya dicho, y esto es lo que enciende en el alma la comprensión real de lo que se indaga.

Este uso permanece muy alejado de la elaboración de discursos monológicos que alguien exponga y pretenda con ello mostrar a los demás su conocimiento sobre el tema. Por otra parte, la palabra escrita también es subestimada al no actualizarse mediante el libre va y ven; su insuficiencia como medio de comunicación es evidente, al consistir en la simple recepción pasiva de contenidos que se transmiten directa y unívocamente por las palabras.

En toda la digresión se alude al momento en que culminan los cuatro pasos fundamentales que se explican detenidamen-

te; sin embargo, el quinto momento no se expresa de manera directa y abierta como sus antecedentes, sino que sólo se enuncia como el punto al que necesariamente llega todo aquel que en verdad se preocupa por reconocer la naturaleza más íntima del objeto de conocimiento.

El quinto momento es la institución más pura al margen de toda explicación descriptiva, de aquello que finalmente está fuera de cualquier transmisión oral o escrita; de la realidad indiscutible del objeto que sólo se alcanza en forma personal, después de una ardua y sincera búsqueda.

Estas consideraciones son las que tuvo Platón en mente cuando explicó la manera como podemos acercarnos a la esencia de cualquier objeto. Sin embargo, su exposición no pretende esquematizar la serie de pasos que asegure la meta deseada, sino evidenciar las diferencias de niveles que tienen los elementos de los que nos valemos para comprender un objeto, así como la necesidad de una constante familiaridad con el tema de investigación, que estreche lo más posible al individuo con lo que indaga.